

mente grises de polvo, de figura innoble, varios de entre ellos con sacos de lienzo á la espalda, hablaban en distintos grupos ó se llamaban tumultuosamente.

Federico objetó los inconvenientes de ir más allá.

—¡Ah, bah!

Y subieron la escalera.

En la primera sala, á la derecha, algunos caballeros, con un catálogo en la mano, examinaban los cuadros; en otra, se vendía una colección de armas chinas; la señora de Dambreuse quiso bajar. Miraba los números de encima de las puertas, y le llevó hasta el extremo del corredor hacia una pieza llena de gente.

Inmediatamente reconoció él los dos armarios del *Arte Industrial*, su mesa de labor, todos sus muebles.

Encajados en el fondo, por hileras, según tamaño, formaban un gran declive desde el suelo hasta las ventanas; y á los demás lados de la habitación los tapices y las cortinas colgaban derechas á lo largo de las paredes; debajo, había una especie de gradería ocupada por algunos pobres viejos que dormitaban. A la izquierda, estaba un escritorio, donde el comisario, de corbata blanca, blandía suavemente un martillito; un joven escribía á su lado, y más bajo que ellos, un robusto mozo, de pié, mitad comisio-

nista, mitad comerciante de contraseñas, preguntaba los muebles que se vendían. Tres mozos los ponían sobre una mesa que rodeaban, sentados en fila, prenderos y revendedores. La gente circulaba por detrás de ellos.

Cuando Federico entró, las enaguas, los fichús, los pañuelos y hasta las camisas, habían pasado de mano en mano y vuelto á pasar; á veces se tiraban desde lejos, y cosas blancas atravesaban por el aire repentinamente. Luego se vendían sus vestidos, después uno de sus sombreros, cuya pluma rota colgaba, después sus pieles, tres pares de botinas; y la distribución de aquellas reliquias, en que confusamente hallaba las formas de sus miembros, le parecía una atrocidad, como si estuviera viendo cuervos destrozando su cadáver. La atmósfera de la sala, enteramente cargada de alientos, le asfixiaba. La señora de Dambreuse le ofreció su frasco; se divertía mucho, según decía.

Se exhibieron los muebles del cuarto de dormir.

El Sr. Berthelot anunciaba un precio; el pregonero, en seguida, lo repetía más fuerte; y los tres comisarios esperaban tranquilamente el golpe del martillo para llevarse el objeto á una pieza contigua. Así desaparecieron unos tras de otros, el gran tapiz azul sembrado de camelias que sus menudos piés hollaban cuando venía á



recibirle; la pequeña mecedora de tapicería en que se sentaba él cuando estaban solos; las dos pantallas de la chimenea, cuyo marfil se había hecho más suave al contacto de sus manos; una bola de terciopelo, aun erizada de alfileres. Ibanse con aquellas cosas partes de su corazón y la monotonía de las voces mismas, de los mismos gestos, le cansaba, ocasionándole un aturdimiento fúnebre, una desolación verdadera.

Un crujido de seda se oyó á su lado; Rosanette le tocaba. Había tenido noticia de aquella venta por Federico mismo. Pasado su dolor, formó la idea de sacar provecho de allí; venía, pues, á verlo, con un chaleco de raso blanco con botones de perlas, vestido de volantes, muy ceñidos los guantes, con aire de vencedora. El palideció de cólera; ella miró la mujer á quien acompañaba.

La señora de Dambreuse la reconoció, y durante un minuto se contemplaron de arriba abajo, escrupulosamente para descubrir la falta, la tara; envidiando quizás una la juventud de la otra, y ésta despechada por el extremado buen tono, la sencillez aristocrática de su rival. Por fin, la señora de Dambreuse volvió la cabeza con sonrisa de insolencia inexplicable.

El pregonero había abierto un piano ¡su piano! De pie como estaba hizo un acorde con la mano derecha, y anunció el instrumento por

mil doscientas pesetas, después bajó á mil, á ochocientas, á setecientas.

La señora de Dambreuse, con alocado tono, se burlaba de la cosa. Colocaron luego delante de los prenderos un cofrecillo con medallones, con cantoneras y cerraduras de plata, el mismo que había él visto en la primera comida de la calle Choiseul, que después estuvo en casa de Rosanette, y volvió á poder de la señora de Arnoux. Muchas veces, durante sus escursiones, se fijaban en él sus ojos; se hallaba unido á sus más queridos recuerdos, y su alma se deshacía de ternura, cuando de repente dijo la señora de Dambreuse:

—Mira, voy á comprarlo.

—Pues no es muy curioso —contestó Federico

Ella lo encontraba, por el contrario, muy lindo, y el pregonero elogiaba la delicadeza.

—Una alhaja del Renacimiento, ochocientas pesetas señores; casi todo de plata. Con un poco de blanco de España, brillará mucho.

Y como ella se entrara adonde estaba la gente, dijo Federico:

—¡Qué idea más singular!

—¿Te molesta?

—No: ¿pero qué puede hacerse con ese *bibelo!*?

—¡Quién sabe! Quizás meter en él cartas amorosas. Con una mirada que hacía más clara la alusión.



—Razón de más para no despojar de sus secretos á los muertos.

—No la creía yo tan muerta. Y añadió distintamente: 880 pesetas.

—Lo que haces no está bien hecho—murmuró Federico.

Ella se refa.

—Pero, querida amiga, es el primer favor que te pido.

—¿Sabes que no serás un marido muy amable?

Alguien acababa de subir la postura; ella levantó la mano: «900 pesetas».

—Novecientas pesetas—repetía Berthelot.

—Novecientas diez.. quince... veinte.. treinta...—gritaba el pregonero, recorriendo la concurrencia con la vista, y un movimiento brusco de cabeza.

—Pruébame que mi mujer es razonable—dijo Federico. Y la arrastró suavemente hacia la puerta. El comisario seguía.

—Vamos, vamos, señores, novecientas treinta. ¿Hay comprador por 930?

La señora de Dambreuse, que había llegado al dintel, se detuvo y en voz alta dijo:

—Mil pesetas.

En el público se sintió como un estremecimiento, y el silencio sobrevino.

—¡Mil pesetas, señores, mil pesetas! ¿Nadie

dice nada? ¿nadie? ¡mil pesetas! «Adjudicado.»

El martillo de marfil bajó. Ella dió su tarjeta y le enviaron el cofrecillo, metiéndolo en su manguito. Federico sintió que un gran frío le atravesaba el corazón.

La señora de Dambreuse no había dejado su brazo, y no se atrevió á mirarle de frente hasta la calle donde esperaba su coche. Metióse en él como un ladrón que huye, y cuando se sentó volvióse á Federico, que tenía su sombrero en la mano.

—¿No sube usted?

—No, señora.

Y saludándola friamente, cerró la portezuela y dió la señal de arrancar al cochero.

Al principio experimentó un sentimiento de alegría y de independencia reconquistada; de orgullo por haber vengado á la señora de Arnoux sacrificándole una fortuna. Después se admiró de su acto y un cansancio sumo le aburría.

A la mañana siguiente su criado le contó las novedades. Se había decretado el estado de sitio, la Asamblea disuelta, y una parte de los representantes del pueblo en Mazas. Los negocios públicos le dejaban indiferente, tan preocupado estaba con los suyos.

Escribió á algunos proveedores para dar contraorden en muchos encargos relativos á su ma-



trimonio, que al presente se le presentaba como innoble especulación; aborrecía á la señora de Dambreuse porque había estado á punto de cometer, por su causa, una baja. Olvidaba á la Mariscalá, ni aún se inquietaba por la señora de Arnoux, no pensando más que en sí propio, perdido en las ruinas de sus sueños, enfermo, lleno de dolor y desaliento, y su odio al ficticio medio en que había sufrido tanto, anheló la frescura de la yerba, el reposo de la provincia, una vida soñolienta pasada á la sombra del techo natal con corazones inocentes. El miércoles por la noche salió, por fin.

Grupos numerosos ocupaban el bulevar. De cuándo en cuándo una patrulla los disolvía; pero detrás de ella volvían á formarse. Hablaban libremente, vociferábanse contra la tropa gracias é injurias, y nada más.

—¡Cómo! ¿es que la gente no se bate?—dijo Federico á un obrero.

El hombre de blusa contestó:

—No somos tan brutos para hacernos matar por los burgueses. Que ellos se arreglen.

Y un caballero gruñó, sonriendo de través al arrabalero:

—¡Canallas de socialistas! Si pudieran exterminarse esta vez!

Federico no comprendió nada de tanto rencor y tanta tontería. Su disgusto por París au-

mentó; y á los dos días se marchó á Nogent en el primer tren.

Pronto desaparecieron las casas, se ensanchó el campo. Solo en su coche, con los pies en el asiento, rumiaba los acontecimientos de los últimos días, todo su pasado, trayéndole el recuerdo de Luisa.

—¡Esa me amaba, esa! He hecho mal en no aprovechar esa dicha. ¡Bah! no pensemos más en ella. Pero cinco minutos después, añadía:

—¿Quién sabe, sin embargo?... más tarde ¿por qué no?

Su sueño, como sus ojos, se perdían en vagos horizontes.

—Era inocente, una aldeana, casi una salvaje. ¡Pero tan buena!

A medida que adelantaba hacia Nogent, se aproximaba á ella. Cuando atravesó las paredes de Sourdun, la vió bajo los álamos como en otro tiempo, cortando juncos á orillas del agua; llegaron y bajó. Apoyóse de codos para volver á ver la isla y el jardín en que se habían paseado un día de sol; y el aturdimiento del viaje y del aire libre, la debilidad de sus recientes emociones, le causaba una especie de exaltación y se dijo:

—Quizás haya salido. ¡Si fuera á su encuentro!

La campana de Saint-Laurent sonaba; y en



la plaza, delante de la iglesia, había grupos de pobres y una calesa, la única del país (la que servía para las bodas). De repente, bajo el pórtico, en una oleada de burgueses de corbata blanca, aparecieron dos recién casados.

Creyó en una alucinación; pero no; era ella, Luisa, cubierta del velo blanco que caía de sus cabellos rojos hasta los talones; y él era Deslauriers, con casaca azul bordada de plata, traje de gobernador. ¿Por qué no?

Federico se ocultó en el ángulo de una casa para dejar pasar el cortejo. Avergonzado, vencido, aplastado, se volvió al ferrocarril y entró de nuevo en París.

El cochero de alquiler le aseguró que se habían levantado barricadas desde el Chateau-d'Eau hasta el Gimnasio, y tomó por el barrio San Martin, En la esquina de la calle de Provence, Federico echó pié á tierra para ir á los bulevares.

Eran las cinco y caía una menuda lluvia; los burgueses ocupaban la acera del lado de la Opera; las casas de enfrente estaban cerradas; nadie en las ventanas. Por toda la anchura del bulevar, galopaban los dragones, inclinados sobre sus caballos y el sable desenvainado; viéndose á la luz de los faroles de gas, las crines de sus cascos y sus grandes capas blancas, retorcidas y movidas por el viento en sus espaldas. La

muchedumbre los contemplaba en la bruma, muda, aterrada.

Entre las cargas de caballería, surgían escuadras de policías, para obligar á la gente á que se marcharan por las calles.

Sobre las escaleras de Tortoni, un hombre, Dussardier, notable desde lejos por su alta estatura, permanecía quieto como una cariátide. Uno de los agentes que iba á la cabeza, con un tricornio sobre los ojos, le amenazó con su sable. El otro entonces, adelantando un paso, se puso á gritar:

—¡Viva la República!

Cayó de espaldas y con los brazos en cruz. Un ahullido de horror se escuchó en la muchedumbre; el agente se abrió un círculo á su alrededor con la vista, y Federico, atónito, reconoció á Sénecal.

